

# Estados Unidos frente al reto conservador

En las elecciones norteamericanas de noviembre de 2000, la opción política conservadora triunfó por un margen minúsculo y, además, cuestionado hasta hoy por una importante proporción de la población. El presidente electo inicialmente proclamó su voluntad de hacer concesiones al bando perdedor y a propiciar un "conservadurismo compasivo" con comprensión hacia los problemas de los pobres. Más adelante pareció abandonar esa línea doctrinaria: el gabinete con el cual asumió la jefatura del Estado y del gobierno está integrado por personalidades claramente orientadas hacia la derecha, y el pensamiento predominante, expresado en pronunciamientos oficiales y en mensajes a la nación, no hace ninguna concesión significativa al liberalismo social. Los cuatro ámbitos principales en los que se expresa el arraigado conservadurismo del gobierno de George W. Bush son: a) el régimen fiscal y tributario, b) el terreno de la justicia y la moral, c) lo referente a la relación entre la economía y el medio ambiente, y d) las relaciones exteriores.

El secretario del tesoro (ministro de finanzas), Paul O'Neill, proveniente del mundo de los altos negocios, defiende la filosofía del liberalismo económico integral, y ha propuesto una política tributaria que tiene por puntos resaltantes: la reducción general del impuesto sobre la renta, la eliminación de los impuestos sobre el ingreso de empresas y las ganancias del capital, la reducción del impuesto sucesoral y, para compensar todo esto, una disminución sensible de los gas-

tos de seguridad y bienestar social, sobre todo en materia de pensiones y cuidados médicos para los adultos mayores. Efectivamente, el poder legislativo aprobó, por escasa mayoría, un proyecto de presupuesto federal que incorpora parte de estas ideas.

Por otra parte, el "attorney general" (cargo que combina las funciones de fiscal general con las de ministro de justicia y de seguridad pública), John Ashcroft, es un conservador extremo. Aunque su cargo lo obliga a defender el principio constitucional de la separación entre Iglesia y el Estado, Ashcroft abraza el ardiente anhelo de que la República acabe por abrazar las creencias y las normas morales del tradicionalismo pentecostal. Sus convicciones lo inducen a propugnar una justicia penal dura y redistributiva, a enfatizar la responsabilidad individual y a rechazar la idea de un trato preferencial para víctimas de discriminación pasada o presente (negro, mujeres, discapacitados, etc). Asimismo, se muestra intolerante y condenatorio ante las desviaciones sexuales y cualquier interrupción del embarazo. En curioso contraste con ello, es complaciente ante el "lobby" del tabaco, que tal vez cause cáncer pero, en contrapartida, financió la campaña electoral republicana.

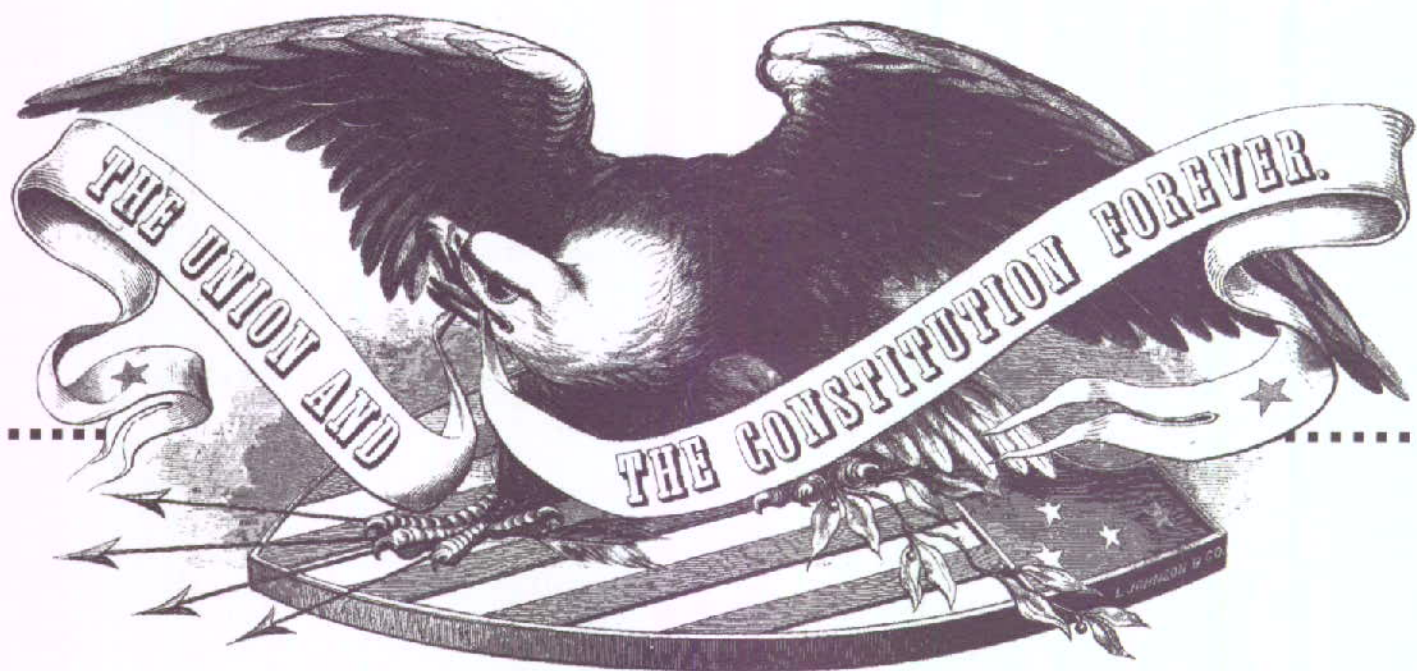
Con respecto a la protección del medio ambiente, el presidente Bush y su gabinete se esfuerzan por reducir su rigor en la relación con el problema del desarrollo energético. En ese sentido, opinan que hasta la reserva de vida silvestre de Alaska podría ser

abierta a la exploración y explotación petrolera. Esa tendencia favorable a intereses mineros e industriales, que antepone a los criterios ambientalistas y humanistas, sin duda tiene un cariz derechista.

Por último, son claramente conservadores los nuevos lineamientos de las relaciones exteriores norteamericanas. En materia comercial, ante la OCDE en particular, el nuevo gobierno de Estados Unidos enfatiza su deseo de mantener las manos libres sin comprometerse por ahora con la búsqueda de mecanismos de equilibrio multilateral a mediano o largo plazo.

Sin consultas previas en el seno de la OMC, aplica medidas neoproteccionistas (restricciones no arancelarias, basadas en argumentos ambientales, antidumping, laborales o de competencia desleal) al acero y otros renglones de vital importancia. En lo político y estratégico, insiste en crear su escudo antibalístico nacional, aunque ello afecte todo el sistema penosamente construido durante largos años, de reducción y control internacional de las armas de destrucción masiva.

Rechaza el protocolo de Kioto sobre el medio ambiente, y se opone a la creación de una corte Penal Internacional. Ha recommenzado a emplear un lenguaje duro y negativo hacia las Naciones Unidas y a amenazarlas con dejar de pagar sus contribuciones atrasadas a esa organización. Como base ideológica de la política exterior, Estados Unidos en esta nueva etapa sólo reconoce el interés nacional, y



deja de lado las motivaciones "idealistas", de responsabilidad democrática multilateral.

Sin embargo, cada día se dificulta más el esfuerzo de Bush, de empujar a su país hacia la derecha. La reciente deserción de un senador republicano, Jim Jeffords, al campo de la oposición demócrata ha significado la pérdida del control gubernamental de la cámara alta. De ahora en adelante, muchas iniciativas del ejecutivo se verán frenadas, devueltas o modificadas en su sentido.

A este factor de tipo político institucional se añaden otros, más estructurales y determinantes.

Debe recordarse, por una parte, que George W. Bush ganó la presidencia con el voto indirecto de una precaria mayoría de los estados de la unión, pero que perdió la elección a nivel de la votación popular directa. ¡Los demócratas y los verdes, conjuntamente, ganaron tres millones más de votos que Bush y los republicanos! El actual gobierno norteamericano es, pues, más que ninguno anterior, un gobierno de minoría que no refleja al país verdadero, cuya mentalidad apunta más bien hacia la izquierda, que hacia la derecha.

La población de ascendencia afroamericana siente honda desconfianza hacia el actual equipo gobernante que, por boca de John Ashcroft y de determinados parlamentarios republicanos, indica claramente su rechazo a cualquier medida de apoyo a las minorías discriminadas o desventajadas, y a cualquier iniciativa que frene y sancione abusos racistas.

Esa desconfianza no es disminuida por la presencia de dos personalidades afroamericanas en el gobierno. La pequeña pero influyente minoría judía, tradicionalmente demócrata, teme a la alianza del petrolero Bush con los petroleros musulmanes del Medio Oriente, y se encuentra aliada con los negros en contra de la administración en el poder. De las minorías étnicas, la menos opuesta a este gobierno amigo de élites financieras, es la hispanoamericana, por los vínculos de la familia Bush con México y los gestos deferentes del Presidente hacia nuestra etnia, y también por la posición prorepublicana de los cubanos anticastristas.

Por otra parte, la desaceleración o contracción económica norteamericana no puede dejar de influir nega-

tivamente en la actitud de la población hacia el gobierno. El éxito de Clinton y del Partido Demócrata en mantener al país en bonanza durante ocho años (aunque no sea por mérito sino por buena suerte) contrasta con la ansiedad e incertidumbre del momento actual.

Finalmente, la nación estadounidense no se enfrenta a esta etapa de su historia a un enemigo exterior que presente una amenaza a la propiedad privada o a la libertad individual, y que por ello podría impulsar a los norteamericanos hacia un derechismo defensivo.

Consciente de estos fenómenos, hasta la derecha fundamentalista norteamericana ha suavizado sus pérdidas apocalípticas y condenatorias. Todas las circunstancias y tendencias subyacentes al acontecer cotidiano en Estados Unidos parecen indicar que ese país, orgánicamente, no se encuentra en una tónica conservadora, sino que más bien siente impulsos en el sentido opuesto.

**DEMETRIO BOERSNER**

DOCTOR EN CIENCIAS POLÍTICAS. EXEMBAJADOR DE VENEZUELA